



EL BARRIO GRIEGO

FERNANDO CHUECA GOITIA

En este número que la Revista dedica al barrio de Alfonso XII, de Madrid, nos ha parecido oportuno publicar algunos textos del magnífico libro «EL SEMBLANTE DE MADRID», de Fernando Chueca, que dedica a esta zona que él llama «El barrio griego». El libro está editado por la Revista de Occidente, en diciembre de 1951. El dibujo que, con otros ilustran el libro, es de Redondela.

Vamos a llamar así al cuadrilátero comprendido entre el Prado y el Retiro, la calle de Alcalá y la Cuesta de Claudio Moyano. ¿Por qué y a santo de qué viene que demos el nombre de Griego a un barrio que por historia añeja es el más filipense de Madrid? Eso nos dicen las crónicas, los documentos, las viejas litografías y las estampas de los museos. Pero la verdad es que de filipense tiene ya muy poco, aunque algo quede, y nosotros no hacemos historia pasada, sino inventario actual. Lo austríaco de este barrio madrileño es el Retiro, y precisamente este fragmento ciudadano se ha hecho contra el Retiro, ganando solares a sus frondas. Siempre una ciudad se ha hecho ganando algo a la Naturaleza, unas veces cobrando heroicamente terreno al mar o a los arenales de los estuarios, y otras, más modestamente, más pacíficamente, expropiando las huertas a los arrabales. Las ciudades inteligentes han sabido pactar con la Naturaleza, tratando de disimular elegantemente la crudeza de la pugna entablada. Así han hecho resaltar su belleza, ganando en forma, variedad e interés. Pocas veces se ha dado el caso de tapar un río, como se hizo con el Darro en Granada, para justa indignación de Ganivet.

Este barrio madrileño tiene, en medio de todo, cierto aire de

jardín, débil recuerdo de lo que fue, de lo que la ciudad hurtó al Retiro. Pero vamos a lo de griego. Es griego por ese algo de acrópolis que tienen sus edificios vistos desde la plaza del dios Neptuno. Tres deidades griegas: Cibeles, Apolo y Poseidón, son las tutelares de este barrio académico. Juan de Villanueva abrió la senda de su helenismo arquitectónico. El Museo del Prado es un altar dedicado al genio griego. En el Botánico dejó clásicas entradas y una "estufa" que, mejor conservada, merecería ser el peristilo de un nuevo Jardín de Akademos. La Academia Española, más por academia que por española, puso en su frente un pórtico dórico de arqueológica fidelidad. Delante, entre rejas, hay un pequeño jardín donde canta el mirlo. No sabemos qué invisible jardinero riega las plantas de este diminuto vergel mediterráneo en el que florece la austeridad dórica. La Academia es española y madrileña por sus costados, por donde entran los académicos. El Museo de Reproducciones corona la perspectiva con otra henchida columnata griega. Su arquitecto fue devoto viajero en Grecia y en Oriente, a bordo de aquella fragata *Numancia* que salió en busca de nuevos descubrimientos. Por haberlo olvidado, se descubrió de nuevo el Mediterráneo. En su álbum trajo copia de palmetas, acantos y

volutas, que luego se hincharon de fastuosidad "Segundo Imperio", un poco retrasada. Otro arquitecto ideó un monumento a las víctimas del Dos de Mayo, como si se tratara de héroes antiguos. Allí se ven cánopes griegos en el pedestal funerario que sirve de base al obelisco egipcio de granito rosa, uno de los monumentos más pétricos y melancólicos de Madrid. También la Bolsa, edificio que desentona por su destino con el cometido cultural del barrio, se adorna de columnatas grecorromanas. El dinero también ha adoptado formas clásicas. Sí, formas griegas por todas partes, casas donde habitan las Musas, recintos académicos, nos esperan en esta Acrópolis madrileña edificada sobre las alturas de San Jerónimo.

En este cuadrilátero es donde Madrid tiene su mejor fisonomía de ciudad europea, de ciudad culta, donde la ciudad se hace perdonar mejor su pecado de dar la espalda al campo. Así, de cuando en cuando, el asfalto y el cemento se interrumpen por unas praderas como las que desde el Museo suben a San Jerónimo; en ocasiones, unos pinos desmelenados se intercalan entre los edificios, dejando caer su sombra en un pequeño prado olvidado; de repente es un rebaño que pasa por su cañada removiendo un polvo de camino castellano y un ruido bajo de campo, que nos despierta esa muda compenetración con el paisaje y que de alguna manera nos recuerda aquí a la Roma de la Edad Media, cuando los rebaños pacían en los foros.

Dejando el Campo de la Lealtad, dando la vuelta a esa gigantesca rueda de barquillero que es la verja del Obelisco, saludando a uno de los pocos madroños que existen en Madrid, vamos a subir por la calle de Antonio Maura a buscar la perspectiva de la calle de Alarcón. Esta última, insignificante y modesta, es una de las calles modernas de Madrid que, sin presumir de nada, puede ponerse como ejemplo de gracia y de variedad. No es muy larga y reúne en poco trecho varias características que han sido ufanía de calles más célebres. A uno y otro lado sus perspectivas están cerradas y no producen esa angustia indefinible de las calles que no van a ninguna parte. Por su extremo Norte termina contra las casas de la calle de Alcalá, pasando antes bajo los arcos monumentales que cierran la plaza interior del Palacio de Comunicaciones.

Invitamos a discurrir por esta calle de Alarcón a quien guste el disfrute de los diversos aspectos urbanos. Pasada la amplia alameda de Antonio Maura, que abre vistas al Retiro y al Obelisco, podemos ver por un rompimiento a la izquierda, frente a la casa donde vive don Pío Baroja, un chapitel de los dos que se conservan del antiguo Palacio del Buen Retiro, único recuerdo del vasto conjunto que antes llenaba todo el barrio. Hoy sólo queda un ala (la correspondiente al Salón de Reinos) de lo que fue patio principal del palacio. Está rodeada de callecitas apacibles, donde todavía existen aceras enlosadas de granito. ¿Habrán quedado olvidadas del cuidado municipal, que sólo quiere las tristes losetas de cemento? Un poco más allá y llegamos al centro mismo del barrio, a lo que es su medula urbanística, a la calle de Felipe IV, eje de marcha de una de las mejores composiciones madrileñas. Para apreciar nuestra Acrópolis, el mejor punto de vista son las alturas de la Carrera de San Jerónimo. Desde allí, el Museo del Prado descubre en escorzo su fachada Norte y deja ver, encima, la masa rojiza de la Academia y la pálida de San Jerónimo con sus agudas torrecillas. Pero ahora nosotros nos hallamos en el origen de la calle

de Felipe IV. El Museo de Pinturas queda abajo, y al fondo de la perspectiva, en forma perfectamente axial, la columnata del Museo de Reproducciones.

Permítasenos recordar que la situación de la dórica Academia es la misma que la del Partenón en el eje de marcha de la Acrópolis. Aquí, la reina gobernadora, aunque no muy fidíaca, es nuestra Atenea Promachos. No existen aquellos sutiles virajes que la sensibilidad escultórica griega dio a sus edificios para gustar del volumen, ni los recortes celestes que dibujan nítidos los contornos; pero, con todo, algo queda aquí, por azar curioso, de aquella armonía plástica. No en balde estamos en el Barrio Griego.

Todavía continúa la calle de Alarcón, pues aún le queda, para llegar a su destino, recorrer su parte más interesante. Ahora sólo tiene edificios por uno de sus lados, y por el otro, laderas descendentes hasta el Museo del Prado; es lo que se ha llamado una calle mirador. También la edificación se espacia y se remete, dando porosidad y ligereza a la calle. Primero es la Academia, con su jardincillo secreto donde canta el mirlo, y luego los Jerónimos, bien plantados en lo alto y desde los que descende una escalinata recta. Esta iglesia de los Jerónimos está ahora restaurándose con acierto y descubriendo bajo sus revocos el ladrillo y el pedernal toledanos, de un rosa pálido y delicado.

Al final, la calle viene a dar con la espléndida selva doméstica del Botánico, y llega a coger por detrás la ya recogida plaza de Murillo. Esta plaza tiene su prolongación natural en las Cuatro Fuentes del Prado, que hoy se sumergen, desvinculadas, en el mar de asfalto de la incomprensión municipal (1). Es una lástima, porque cuidado que podía ser bonito este *rodn-point* del Prado, al que convergen, formando un bidente, las calles de Moratín y las Huertas.

Hemos recorrido por la calle de Alarcón el eje longitudinal del cuadrilátero del Barrio Griego, su espina dorsal, y hemos disfrutado de arcos, perspectivas, rompimientos, para terminar contemplando la estatua de Murillo en su elevado pedestal. Ahora el eje se prolonga en las avenidas del Botánico.

El paseo de las Estatuas es como la continuación ideal de la calle de Alarcón. El premio ultraterreno que se ha ganado la calle después de transcurrir por el mundo. Ha luchado, ha vivido, ha pasado por el tráfigo de los negocios, ha conocido los azares de la Bolsa y la mundanal vecindad de los grandes hoteles, ha alcanzado luego la cima de las academias; pero todo ello a precio de muchas decepciones, y al final se ha asomado a la iglesia y a la paz de un claustro. Su vida, tan variada y tan múltiples, la ha llevado siempre con una gran elegancia, y por eso le esperaba este premio. Su gloria es el paseo de las Estatuas. La calle de Alarcón ya no discurre por la vida, sino por los amenos Campos Elíseos. Un paraíso así es el que esperan las calles de este mundo y que a pocas les es dispensado. También la noble calle de la Lealtad ha terminado en el paseo de las Estatuas del Retiro. Pero otras, más ambiciosas, como las de Alcalá, Atocha o Toledo, en vez de gozar de este paraíso, no descansan nunca, terminan en carreteras, que es como no terminar, y son como esos condenados del Dante que vagan siempre por el infinito llevando a cuestas su loco afán.

(1) Muy recientemente, una reforma de los jardines del Prado ha salvado a las gentiles fuentes de la opresiva cárcel asfáltica.